

pieza á soldar! ¡hace tiempo que tengo preparado el estaño!

SIFREDO.—No lo necesito: ¡no pego con cola una espada!

MIME.—Estás gastando la lima, ¿cómo quieres pulverizar el acero?

SIFREDO.—He de reducirla á polvo: así se une lo roto.

MIME (mientras Sifredo sigue limando).—Aquí no sirven para nada los consejos del experto, ya lo veo: ¡aquí le ayuda al tonto su propia torpeza! ¡qué pena se toma y cómo se entusiasma; va desapareciendo el acero pero él no se cansa! ¡Soy tan viejo como la cueva y el bosque y nunca vi cosa semejante! Conseguiré recomponer la espada, lo estoy viendo: el viajero tenía razón; no conociendo el miedo, la acabará. ¿Cómo salvo yo ahora mi cabeza? Cae en poder de este valeroso muchacho, si Fafner no le enseña lo que es miedo. Pero, desgraciado de mí, ¿cómo ha de matar al dragón, si de él mismo lo aprende? ¿cómo he de conseguir el anillo? Perdido estoy, si no encuentro un modo de vencer á este valiente.

SIFREDO (ha limado los pedazos y los ha metido en un crisol, que coloca ahora sobre las ascuas: luego, aviva el fuego con el fuelle).—¡Eh! ¿qué te parece? ¿cómo se llama la espada, que he convertido en polvo?

MIME (saliendo de su ensimismamiento). — Nothung se llama la espada deseada: tu madre me lo dijo.

SIFREDO (trabajando).—¡Nothung! ¡Nothung! espada deseada ¿por qué te has roto? ¡A polvo reduje tus agudos filos! ¡puse en el crisol las limaduras! ¡ah! ¡sobre las ascuas, fuelle! ¡sopla las ascuas! ¡he cortado el fresno que crecía en el bosque, lo carbonicé y ahora lo tengo amontonado en el hornillo! sopla fuelle, sopla las ascuas; ¡qué alegre y reluciente arde el carbón del árbol!

¡Se deshace en chispas fugaces, ya derrite el polvo del acero; pronto te blandiré, espada mía, Nothung, acero deseado!

MIME (sentado á corta distancia de Sifredo y hablando consigo mismo).—Forjará la espada y vencerá á Fafner, estoy seguro de ello; en la lucha le ganará el tesoro y el anillo: ¿cómo me apropio el botín? Con ingenio y astucia lo lograré, y pondré mi cabeza en salvo. Cuando, después de pelear con el dragón, esté cansado, le ofreceré una bebida, preparada con sabrosas hierbas que recogí; unas cuantas gotas bastarán para que concilie profundo sueño. Con la misma espada que ha forjado en un momento, lo quitaré de en medio y me ganaré tesoro y anillo. ¡Eh! sabio viajero, ¿me tenías por tonto? ¿qué te parece mi ingenio?... ¿encontré consejo y tranquilidad?

(Se levanta muy satisfecho, coge una vasija de la cual saca algunas raíces, colocándolas luego en un puchero).

SIFREDO (vierte el acero derretido en un molde redondo que luego mete en el agua, y óyese el chisporroteo que produce al enfriarse).—Corrió dentro del agua un río de fuego; le anima furiosa resistencia, el frío le domina; se ha solidificado y endurecido y convertido en orgulloso acero; pero pronto circulará por él ardiente sangre. ¡Ahora vuelve á sudar para que pueda forjarte, Nothung, espada deseada! (Mete el acero entre las ascuas y lo enrojece. Luego se vuelve á Mime, que coloca su puchero á otro lado del hornillo.) ¿Qué hace allí aquel zopenco con la vasija? ¿mientras estoy yo aquí templando el acero, tú te entretienes en cocer porquerías?

MIME.—Avergonzado quedó un herrero á quien enseñó su aprendiz; acabó ya el viejo para el arte y sirve al mozo de cocinero; mientras hace éste del acero una papilla, él le cuece una bebida y huevos.

(Sigue cociendo).

SIFREDO (trabajando siempre).—El artista Mime está aprendiendo á cocer; el forjar ya no le gusta; todas sus espadas las he roto, y lo que él cuece no lo probaré. Quiere enseñarme á temer; otro será; ¡ni lo que sabe mejor me pudo enseñar! Es un remendón en todo lo que hace. (Ha sacado el ardiente acero y lo golpea sobre el yunque con un gran martillo, cantando entretanto la siguiente canción.) ¡Forja, martillo mío, forja la resistente espada! Hubo un tiempo en que la roja sangre tiñó tu pálido azul: ¡tú te reías con frialdad! ¡Ahora te ha enrojecido ardiente calor, tu dureza se doma bajo el peso de mi martillo, é irritada me arrojas chispas porque á ti, indomable, te dominé! ¡Fórjame, martillo, una espada resistente! ¡Cómo me alegran estas chispas brillantes! La cólera es un adorno para el valiente; alegre me sonríes aunque parezcas enojada y ofendida. Con las ascuas y el martillo lo conseguiré; con fuertes golpes he de hundirte; ahora deja tu rubor, enfríate y endurecete tanto como puedas.

(Sumerge el acero en el agua y se ríe al oír el chisporroteo).

MIME (mientras Sifredo une la hoja al puño; otra vez en el proscenio).—Mientras él se fabrica una espada para matar á Fafner, el enemigo de los enanos, yo estoy preparando una bebida venenosa para matarle á él. Por fuerza surtirá su efecto mi astucia. Lo he ganado ya; es mío el misterioso anillo que creó mi hermano, que le hace á uno dominador del orbe entero, mío es ya. Yo subyugaré al mismo Alberto que en su tiempo me subyugó á mí. Bajaré como señor de los nibelungos; todo el ejército tendrá que obedecerme. ¡Cómo respetarán entonces al despreciado enano! ¡A todos atrae el tesoro, así á los dioses como á los héroes, y á la menor señal se humillará el mundo entero y temblará ante mi ira! Entonces sí que no se cansará ya más Mime; otros trabajarán pa-

ra amontonarle eterno tesoro. ¡Mime el valiente, Mime es rey, príncipe de los espíritus, dominador de todos! Ay, Mime, ¿cómo lo lograste? ¡Quién lo creyera de ti!

SIFREDO (limando y puliendo y dando golpes á la espada con un martillito, mientras habla Mime).—¡Nothung! ¡Nothung! ¡espada envidiada! ya estás otra vez unida á la empuñadura. Rota te encontré, mas yo te compuse de modo que ningún golpe pueda ya romperte. Al padre moribundo se le hizo el acero pedazos; el hijo le creó de nuevo: ahora su brillo le sonríe y corta su filo. ¡Nothung! ¡Nothung! ¡rejuvenecida y nueva! Otra vez te dí la vida. Allí estaba tirada hecha pedazos y ahora centellea tu clara luz. Haz que tu golpe alcance al malvado. Mira, herrero Mime: así corta la espada de Sifredo.

(Al llegar al verso segundo, blande la espada y da luego con ella un golpe sobre el yunque y lo parte en dos pedazos, abriéndole de arriba abajo, y cayendo al suelo con gran estrépito. Mime, vivamente pasmado, se cae al suelo. Sifredo, con la mayor alegría, alza al aire la espada. Telón rápido).





ACTO II

Interior de un bosque. En el fondo se ve la entrada de una cueva. El suelo se va elevando hasta la mitad del escenario, en donde forma un pequeño llano; desde allí declina hacia el fondo en dirección á la cueva, de modo que de ésta sólo se divisa la parte superior de su abertura. Hacia el lado izquierdo se distingue al través de los árboles del bosque, una pared de rocas llena de grietas. Todo lo domina la noche oscura, siendo la obscuridad mayor en el fondo, de modo que al principio el espectador no puede distinguir nada.

ALBERTO.—En el bosque y de noche vigilo la cueva de la envidia; mi mirada está acechando la obscuridad; mis oídos se empeñan en percibir el menor ruido. ¿Tiemblas ya, día de angustia? ¿amaneces á través de la umbría? (De la derecha del bosque sale un viento borrascoso.) ¿Qué resplandor reluce allí abajo? Va acercándose un claro fulgor, corre como un caballo luminoso, atraviesa hacia aquí el bosque resoplando. ¿Se acercará ya el matador del dragón? ¿será ya aquel en cuyo poder tiene que caer Fafner? (El viento cesa; el resplandor desaparece.) El resplandor desaparece, su brillo se esconde á la mirada; vuelve á ser de noche. ¿Quién se acerca por allí relumbrando en la obscuridad?

EL VIAJERO (sale del bosque y se pára frente á Alberto).—De noche fuí á la cueva de la envidia; ¿á quién percibo allí en las tinieblas?

(La luna aparece como si de pronto se hubiese rasgado una nube que la cubría, é ilumina al viajero).

ALBERTO (reconoce al viajero y retrocede asustado).—¿Tú mismo en persona te atreves á venir? (Se enfurece.) ¿Qué quieres aquí? Vete, desvergonzado ladrón.

EL VIAJERO.—Alberto, ¿por qué vagas tú por ahí? ¿guardas la casa de Fafner?

ALBERTO.—¿Vas en busca de alguna mala acción? ¡Vete de aquí! Este sitio está ya lleno de muchos engaños tuyos. Insolente, líbrale ya de tu presencia.

EL VIAJERO.—Vine á ver, no á hacer nada; ¿quién prohibirá que siga su camino el viajero?

ALBERTO (se ríe maliciosamente).—¡Oh tú, consejero de astucias! Para darte gusto tendría que ser tan tonto como cuando me ataste. ¡Cuán fácil sería volverme á robar el anillo! Ponte sobre aviso: ya conozco tus mañas y no pasaron inadvertidas para mí tus debilidades. Con mis tesoros pagaste tus deudas y mi anillo premió el trabajo de los gigantes que edificaron tu castillo; lo que con ellos contrataste está aún grabado en tu lanza. No debes arrebatár á los gigantes lo que como salario les diste: tú mismo harías que el asta de tu lanza se hiciese astillas; en tu mano se convertiría en polvo tu fuerte bastón de mando.

EL VIAJERO.—Las fórmulas del contrato no tienen nada que ver contigo; mi lanza poderosa te sujeta á mí; por esto la conservo para la guerra.

ALBERTO.—¡Con qué orgullo me amenazas mientras en su interior tiembles y vacilas desconfiando de ti mismo! Fafner, el que guarda el tesoro, está condenado á muerte por mi maldición: ¿quién le heredará? ¿Volverá á pertenecer el deseado anillo al nibelungo? Esta idea no te deja descansar

ni un momento. Porque si llega á estar de nuevo en mi poder, usaré de otro modo que los torpes gigantes, de la fuerza que me comunica; tiembla entonces, protector sagrado de los héroes, porque con el ejército Hella asaltaré las alturas de Walhalla y luego seré yo quien gobernará el mundo!

EL VIAJERO.—Conozco tu intención; pero no me da cuidado: disponga del anillo quien lo gane.

ALBERTO.—¡Cuán encubierto dices lo que yo sé tan claro! Tu arrogancia se apoya en hijos de héroes que brotan de tu sangre. Muy bien cuidaste de un niño que discreto te alcanzará el fruto que tu no debes coger.

EL VIAJERO.—Conmigo no, dispútate con Mime; tu hermano te trae peligro; viene con un joven que ha de matar á Fafner. Nada sabe él de mí; el nibelungo le utiliza para él; por esto te digo que obres como quieras. Oyeme bien y ponte sobre aviso: el joven no sabe nada del anillo y Mime procurará obtenerlo.

ALBERTO.—¿Y tú alejarás del tesoro tu mano?

EL VIAJERO.—Dejo á quien yo quiero, que salga fiador de sí mismo; si vence ó sucumbe, él es su propio señor; sólo héroes pueden convenirme.

ALBERTO.—¿Entonces sólo con Mime tengo que pelear por el anillo?

EL VIAJERO.—Fuera de ti, sólo él lo desea.

ALBERTO.—¿Y á pesar de esto no lo ganaré?

EL VIAJERO.—Se acerca un héroe á libertar el tesoro; dos nibelungos lo desean; cae Fafner que guarda el anillo: quien se apodere de él lo ha ganado. ¿Quieres más aún? Allí yace el dragón: si le adviertes del peligro que corre su vida, con gusto te cedería el anillo. Yo mismo voy á despartarle. (Se vuelve hacia atrás.) Fafner! Fafner! despierta, dragón!

ALBERTO (con admiración y atento, por lo bajo).—¿Qué hace este salvaje? ¿me lo cede de veras?

(Desde la más obscura profundidad del escenario se oye la voz de Fafner).

FAFNER.—¿Quién turba mi sueño?

EL VIAJERO.—Quien viene á anunciarte el peligro que corres y que te salvará la vida si tú en cambio le das el tesoro.

FAFNER.—¿Qué quiere?

ALBERTO.—¡Alerta, Fafner! ¡Alerta, dragón! Un héroe se acerca que quiere vencerte.

FAFNER.—Tengo hambre de él.

EL VIAJERO.—Muy osado es el mozo y muy afilada su espada.

ALBERTO.—Sólo desea conquistar el anillo de oro: yo evitaré el combate, y en premio me lo darás; te quedarás con el tesoro y vivirás tranquilo.

FAFNER (bostezando).—Estoy echado y lo poseo; dejadme dormir.

EL VIAJERO (soltando la carcajada).—Alberto, no surtió efecto la treta, pero no me trates ya más de pillo. Una cosa te aconsejo, atiéndeme bien: cada clase tiene su modo de ser que no puede mudarse. Te dejo el campo libre: colócate en sitio fuerte; prueba de competir con tu hermano: á los de tu clase los entenderás mejor. Pero aprende también lo que esté fuera de ésta.

(Desaparece por el bosque. Se levanta un viento borrascoso y se calma en seguida).

ALBERTO (después de haberle estado mirando enfurecido mucho rato).—Se va, montado sobre veloz caballo, y me deja burlado con viva angustia! Seguid riendo vosotros, inadvertida raza de los dioses: os estoy viendo desaparecer á todos! Mientras brille á la luz el oro, cuidará de él un sabio. Su valor os engañará.

(Amanece. Alberto se esconde entre las rocas).

(Mime y Sifredo se presentan al rayar el alba. Sifredo lleva la espada pendiente de la cintura. Mime examina el lugar con detención y finalmente también el fondo, el cual, mientras se va iluminando la altura, permanece obscuro).

SIFREDO.—¿Aquí tengo que aprender lo que es miedo? Muy lejos me has llevado; toda la noche hemos andado por el bosque. Ahora, Mime, tendrás que dejarme. Si no aprendo aquí á temer, seguiré andando solo: al fin me libraré de ti.

MIME (se sienta frente á Sifredo pero de modo que queda de cara á la cueva).—Créeme, querido; si no aprendes hoy aquí lo que es miedo, difícilmente lo aprenderás en otra ocasión y otro lugar. ¿Ves abajo, la oscura boca de la cueva? Pues allí vive un dragón que es terriblemente feroz y de colosales dimensiones; su boca, desmesurada; es capaz, aquel monstruo, de tragársete de un bocado.

SIFREDO.—Bueno será cerrársela; por esto no me acerco á sus dientes.

MIME.—Su baba es venenosa y corroe la carne y los huesos.

SIFREDO.—Para que no me devore con tal veneno, me echaré á un lado.

MIME.—Tiene una cola de serpiente, con la cual le rompe á uno los miembros como si fuesen de vidrio.

SIFREDO.—Para librarme de los golpes de la cola no he de perderle ni un momento de vista. Pero dime, ¿tiene corazón?

MIME.—Muy duro y fiero.

SIFREDO.—Pero lo tendrá donde todo viviente, así los hombres, como los animales.

MIME.—Cierto que sí; ¿va entrándote el miedo?

SIFREDO.—Hundiré en su corazón mi espada; ¿á esto la llamas miedo? ¿Esto es lo que toda tu sabiduría alcanza á enseñarme? Sigue tu camino, que yo aquí no aprenderé á temer.

MIME.—Espera y verás. Lo que te digo te pare-

cen palabras huecas: tú mismo tienes que verle y que oírle; ya perderás los sentidos! Cuando se te ofusque la mirada, el suelo tiemble bajo tus pies y en el pecho te lata agitado el corazón, entonces no agradecerás que te haya conducido aquí, y te acordarás de lo mucho que Mime te quiere.

SIFREDO (se levanta sobresaltado).—¿No te he dicho ya que no me has de querer? Apártate de mis ojos, déjame solo: no me quedo ni un momento más aquí si empiezas á hablar de tu cariño. ¿Cuándo acabarás de mover enternecido la cabeza y de guiñar el ojo? ¿Cuándo podré librarme de ese necio?

MIME.—Ya te dejo; voy á tenderme al lado de la fuente. Tú quédate; en cuanto amanezca saldrá el dragón de la cueva y vendrá hacia aquí: dará por aquí la vuelta é irá á beber á la fuente.

SIFREDO (riendo).—Mime, si estás en ella, dejaré que vaya allí el dragón; no le hundiré la espada en los riñones hasta que te haya tragado á ti con el agua. No; atiende mi consejo; no te estés mucho rato en la fuente, vete tan lejos como puedas y no me vuelvas á encontrar.

MIME.—Después del esforzado combate, no me despreciarás un refresco. Llámame también si necesitas algún consejo ó bien si te decides por asustarte.

(Sifredo le despide con violento ademán).

MIME (al irse se dice á sí mismo).—Fafner y Sifredo, Sifredo y Fafner! Oh, si ambos se matasen!
(Se mete en el bosque).

SIFREDO (solo; se sienta al pie de un gran tilo).— ¡Cuánto me alegro de que aquel no sea mi padre! Sólo ahora empieza á gustarme la frescura del bosque, y me parece grato el albor del nuevo día, puesto que aquel hombre ruin se ha separado de mí para siempre. (Meditando). ¿Cómo sería mi padre? ¡Ah! seguramente igual á mí, pues si en algún lado existiese un hijo de Mime, ¿no se le pare-

cería completamente? Sería igual á él, feo, moreno, pequeño, cojo y torcido, jorobado, y como él tendría las orejas colgantes y los ojos llorosos. ¡Afuera ese muñeco... no quiero verle más! (Se echa hacia atrás y mira la cima del árbol. Largo silencio. Movimiento en el bosque). Pero ¿qué aspecto tendría mi madre? Esto sí que no puedo llegármelo á imaginar! De seguro brillaban sus ojos como los de una corza, sólo que serían mucho más hermosos!... Me dió con pena á luz, pero ¿por qué murió entonces? ¿Se mueren todas las madres por culpa de sus hijos? ¡Qué triste sería esto! ¡Ay, si yo pudiese conocer á mi madre!... (Suspira y se echa hacia atrás. Largo silencio. El canto de los pájaros atrae por fin su atención. Escucha á un hermoso pájaro que está sobre él). Hermoso pajarillo, á ti nunca te oí: ¿vives aquí en este bosque? Si entendiese su dulce gorjeo, de seguro que me contaría algo, quizás, de mi buena madre. Un enano regañón me ha dicho que podía llegarse á entender el trinar de los pájaros: ¿sería posible? (Fija la mirada en un cañaveral cerca del tilo). Ah! ya sé cómo probarlo; cantaré lo que él cante, reproduciré en la caña su propia melodía. Le adivinaré las palabras y cantando así entenderé lo que dice. (Corta con la espada una caña y prueba de hacer de ella una flauta). Calla y escucha, pues voy á empezar á hablar. (Intenta imitar con la flauta el canto del pájaro, pero viendo que no puede lograrlo mueve la cabeza y lo deja). No suena bien; con esta flauta no puedo imitar su dulce melodía. Ay, pajarillo! me parece que no lo lograré; no es fácil aprender tu melodioso trinar! Casi me avergüenza este picarón que me escucha: mira y no puede entender nada. ¡Ah! Pues entonces oye la voz de mi cuerno. Con ese grosero canuto no lograré nada; escucha, pues, una de mis alegres melodías del bosque. Siempre busqué con ella compañeros alegres; jamás

encontré otra cosa que lobos y osos. Voy á ver ahora á quién me trae. ¿Será algún buen camarada?

(Ha tirado la flauta y toca una alegre melodía con su bocina de plata).

(Algo se mueve en el fondo. Fafner, en forma de un enorme lagarto, se ha levantado de su lecho en la cueva, atraviesa los matorrales y se revuelca desde lo más hondo á lo más elevado, de modo que ya ha llegado á ella de medio cuerpo arriba. Exhala un gran suspiro).

SIFREDO (se vuelve, ve á Fafner, le mira admirado y se ríe). Esta vez sí que me ha traído mi melodía algo gordo... un buen compañero!

FAFNER (se ha parado al reparar en Sifredo).—¿Quién va?

SIFREDO.—Ah! ¿eres un animal que sabe hablar? Tal vez algo se podría aprender de ti. Aquí tienes á quien no sabe lo que es miedo: ¿podrías tú enseñárselo?

FAFNER.—Eres muy arrogante!

SIFREDO.—¡Arrogancia y valor! Qué sé yo! Pero voy á acercarme á ti, como no me enseñes lo que es miedo!

FAFNER (se ríe).—Quería beber: ahora tengo también para comer. (Abre la boca y le enseña los dientes).

SIFREDO.—¡Magnífica garganta! Delicadísimos dientes tienes en ese hocico goloso! Bueno sería cerrarte esa boca, que se te abre demasiado.

FAFNER.—Para soltar frases huecas no sirve, pero sí para tragarte. (Le amenaza con la cola).

SIFREDO.—¡Oh animal furioso y cruel! no me

haría mucha gracia ser digerido por ti: me parece mejor que revientes en seguida.

FAFNER (rugiendo).—Pruh! Ven acá, niño fanfarrón!

SIFREDO.—Alerta, que se acerca el fanfarrón.

(Se coloca delante de Fafner: éste sube un poco más alto y le escupe por las narices. Sifredo salta á un lado. Fafner echa la cola hacia adelante para coger á Sifredo: éste la evita saltando sobre la espalda del dragón; al verse amenazado con la cola, Sifredo le hiere con su espada; Fafner la recoge, ruge y se abalanza erguido para aplastarle con todo su peso; así le ofrece el pecho; Sifredo busca rápidamente el lugar del corazón y le hunde la espada hasta el puño. Fafner se alza impelido por el dolor y cae luego después de clavarle Sifredo la espada).

SIFREDO.—Yace aquí, animal venenoso; llevas en el corazón mi espada.

FAFNER (con voz más débil).—¿Quién eres tú, joven valiente, que me has herido en el corazón? ¿Quién animó tu valor de niño para cometer esta acción criminal? No fuiste tú quien meditó lo que acabas de hacer.

SIFREDO.—Poco sé todavía... ni siquiera quién soy yo; tú mismo fuiste quien me excitó á empeñar contigo este combate.

FAFNER.—Joven valiente, que á ti mismo te desconoces, voy á anunciarte á quién diste muerte. Los que en un tiempo dominaron el mundo, los de la raza esclarecida de los gigantes, Fasolt y Fafner, ambos hermanos cayeron. Por oro maldito, regalo de los dioses, dí muerte á Fasolt: al que ahora, bajo la forma de dragón, guardaba el tesoro, mató un héroe. Vive siempre alerta, joven; la traición rodea al dueño del tesoro; el que á ti, ciego, te excitó á cometer este acto, está meditando tu muerte. (Muriendo). Observa cómo acaba: fíjate en mí!

SIFREDO.—Dime... adivina, antes de morir, de

dónde descendiendo, ya que pareces deber á la muerte mayor cordura; adivínalo por mi nombre: me llaman Sifredo.

FAFNER.—¡Sifredo... (Suspira, se levanta y muere).

SIFREDO.—Para dar noticias no sirve un muerto. Guéme, pues, mi espada! (Fafner se ha vuelto del otro lado al morir. Sifredo le arranca la espada del pecho, con lo cual su mano se tiñe de sangre y la retira con un movimiento convulsivo). Como fuego quema la sangre. (Lleva involuntariamente la mano á la boca para chupar la sangre. Cuando mira pensativo delante de sí, le atrae su atención el canto de los pájaros del bosque. Los escucha deteniendo la respiración). Me parece que las avechillas me están hablando: claramente oí sus palabras! ¿obrará esta virtud la sangre que he bebido? Y este raro pajarito, ¿qué me estará cantando?

VOZ DE UN PÁJARO DEL BOSQUE (en el tilo).—A Sifredo pertenece ahora el tesoro de los nibelungos: oh! si lo encontrase en la cueva! Si quisiera ganar el casco con él alcanzaría los favores del amor. Pero si obtuviese el anillo, dominaría el mundo entero.

SIFREDO.—Gracias, amable pajarillo, por tu buen consejo; voy á seguirlo con gusto.

(Se va y baja á la cueva, donde desaparece.—Mime se acerca poco á poco y mira temeroso por todos lados para cerciorarse de la muerte de Fafner.—Al mismo tiempo, viene por el otro lado Alberto, saliendo de las rocas; y observa á Mime detenidamente. Cuando éste ya no ve á Sifredo y se dirige con cuidado hacia el fondo del escenario, Alberto se precipita sobre él y le impide el paso).

ALBERTO.—¿A dónde tan de prisa y tan astuto, mal compañero?

MIME.—¡Maldito hermano! A ti te necesitaba aquí! ¿Qué te trae?

ALBERTO.—¿Codicias, ladrón, mi oro? ¿deseas poseer lo mío?

MIME.—Vete! Este sitio es mío: ¿qué buscas aquí?

ALBERTO.—¿Es que te estorbo en este tranquilo negocio de robar?

MIME.—No se me ha de escapar lo que yo me gané con tanta fatiga.

ALBERTO.—¿Eres acaso tú quien ha robado al Rhin el oro? ¿ó comunicaste acaso tú al anillo el tenaz encanto?

MIME.—¿Quién creó el yelmo encantado que trueca las formas? Tú que lo necesitabas, ¿lo has imaginado bien?

ALBERTO.—¿Qué hubieras entendido tú de forjar, remendón? ¿Fué el enano quien confirió al anillo su mágico poder?

MIME.—¿Dónde lo tienes? Los gigantes te lo han robado. Lo que tú has perdido, lo ganó para mí, mi astucia.

ALBERTO.—¿De la proeza del joven guerrero quieres aprovecharte, avaro? ¿Acaso te pertenece?

MIME.—Yo le eduqué y por ello me paga ahora; hace tiempo que espero el premio de mis cuidados y fatigas.

ALBERTO.—¡Por la educación del muchacho se atreve este avaro vil á pretender, presumido y desvergonzado, el ser ahora rey! Al perro más leproso le convendría el anillo antes que á ti; nunca lo alcanzarás, miserable contrahecho.

MIME.—Quédate con él: guárdalo bien... el brillante anillo. Sé tú su dueño, pero llámame hermano. Te lo cedo en cambio de mi yelmo; á los dos nos pertenece; repartámonos así el botín.

ALBERTO (con risa burlona).—¡Repartirlo contigo! ¿y precisamente el casco es lo que quieres? ¡Qué listo! Nunca dormiría tranquilo de tu traición.

MIME (fuera de sí).—¿No quieres ni siquiera

cambiar? ¿ni siquiera repartir? ¿Tengo que irme vacío, sin recompensa alguna? ¿no quieres cedermé nada?

ALBERTO.—Nada; no te llevarás ni siquiera un clavo.

MIME.—Pues ni anillo ni yelmo has de llevarte; ya no quiero repartos. Contra ti reclamaré el consejo de Sifredo y la espada del valiente: júzguete él.

ALBERTO.—Vuélvete, ya viene de la cueva.

MIME.—Seguramente habrá escogido algún juguete infantil.

ALBERTO.—Trae el casco!

MIME.—Y también el anillo!

ALBERTO.—¡Maldición! también el anillo!

MIME (riendo maliciosamente).—Haz que te lo entregue! Ya me lo sabré ganar.

(Se vuelve al bosque).

ALBERTO.—No obstante, á su dueño ha de pertenecer tan sólo.

(Desaparece entre las hendiduras de las rocas).

(En esto, Sifredo ha salido de la cueva con el anillo y el casco, despacio y pensativo; mira atento su botín y se para en la altura, cerca del árbol. Reina gran silencio).

SIFREDO.—No sé de qué me sirven; pero os tomé del montón de oro, porque así me lo indicó buen consejero; sea, pues, vuestro adorno testimonio de mis hazañas. A mí me recuerdan estos juguetes que peleando vencí á Fafner, pero que no aprendí á temer.

(Se cuelga el casco del cinturón y coloca el anillo en el dedo. Silencio. Creciente movimiento en el bosque. Sifredo vuelve á reparar en el pájaro y le escucha deteniendo la respiración).

